

nº18 octubre-noviembre 2001
800 ptas.

Contrastes

R
E
V
I
S
T
A

C
U
L
T
U
R
A
L

MITTELLAND+MITTELMEER: EUROPA DESDE EL MEDITERRANEO

escena artes plásticas humanidades comunicación

| | | | |
|--------------------------|---------------|-------------------|-------------------|
| I. Papas | G. Basilico | A. Oliver | A. P. Lima |
| J. Millás | J. M. Jiménez | R. Blasco | E. F. M. Emanuele |
| P. De Vita | A. Mañas | J. Zamora | E. Vesentin |
| J. M ^o Morera | K. Barañano | A. Moncada | N. M. Ibáñez |
| S. Schmitz | | J. L. R. Zapatero | |
| E. Pino | | J. V. Beneyto | |
| | | C. Varona | |

escena

MITTELLAND + MITTELMEER: EUROPA DESDE EL MEDITERRÁNEO

| | | |
|-------|-------|----------------------------|
| 12-17 | _____ | Irene Papas |
| 18-22 | _____ | Jaime Millás |
| 24-37 | _____ | Pablo De Vita |
| 38-41 | _____ | Jose M ^a Morera |
| 42-45 | _____ | Stefan Schmitz |
| 46-49 | _____ | Elías Pino |

50 _____ CRÍTICA • Rafael Cruz

artes plásticas

MITTELLAND + MITTELMEER: EUROPA DESDE EL MEDITERRÁNEO

| | | |
|-------|-------|--|
| 52-57 | _____ | José Vicente Monzó - Gabriele Basilico |
| 58-61 | _____ | Javier Martín Jiménez |
| 62-67 | _____ | Amparo Macías |
| 68-73 | _____ | Kosme de Barañano - Georg Baselitz |

74-77 _____ CRÍTICA • Jesús García Gabaldón / Javier Pérez Bazo

humanidades

MITTELLAND + MITTELMEER: EUROPA DESDE EL MEDITERRÁNEO

| | | |
|---------|-------|------------------------------|
| 80-85 | _____ | Antonio Oliver |
| 86-89 | _____ | Rafael Blasco |
| 90-93 | _____ | Javier Zamora |
| 94-95 | _____ | Alberto Moncada |
| 96-99 | _____ | Jose Luis Rodríguez Zapatero |
| 100-112 | _____ | José Vidal Beneyto |
| 114-117 | _____ | Carlos Varona |

118-119 _____ CRÍTICA • Fernando Vilches

comunicación

MITTELLAND + MITTELMEER: EUROPA DESDE EL MEDITERRÁNEO

| | | |
|---------|-------|------------------------------------|
| 122-127 | _____ | Arturo Prado Lima |
| 128-131 | _____ | Emmanuele Francesco Maria Emanuele |
| 132-135 | _____ | Eduardo Vesentín |
| 136-141 | _____ | Norberto M. Ibáñez |



José Vidal Beneyto

EL MEDITERRÁNEO O LA CREATIVIDAD

El Mediterráneo, ese espacio decisivo, improbable. Durante siglos, para muchos, único mundo, luego, durante más siglos, centro del mundo, olvidado después como un volcán muerto, hoy referencia guerrera, mar problemático, caballo de Troya visto desde su margen sur, oscura amenaza para quienes lo ven con los ojos del norte. ¿De dónde le viene a nuestro mar de sirenas y olivos, que se ha querido siempre mar puente, que ha vivido con la obsesión a cuestas de juntar, en un mismo abrazo, sus dos riberas, de dónde le viene ese hacer objetable, esa mala fama de siembrapugnas, de *rompepases*? ¿Cuáles son las raíces de esa determinación contradictoria? ¿Quién, qué le empuja a ese destino?

El mundo se nos ha quedado uno (los expertos lo llaman la dimensión mundial, los procesos planetarios, la lógica de masa, el primado de lo extenso) pero el *uno* ha estallado en mil lugares, comunidades, modos (fragmentos y tribus para nuestra percepción inmediata). Las viejas

■ *La naturaleza es un templo de pilares vivientes que dejan salir algunas veces confusas palabras.*

formas de lo real mueren por implosión y las nuevas sólo pueden nacer analógicamente en la pantalla. Ni con unas ni con otras sabemos muy bien qué hacer y no hemos podido acomodar todavía los referentes formales, desde lo fractal a lo virtual que se nos han venido a las manos. La forma política «Estado», artificio que utilizamos desde finales del xv, lo desmontan por arriba las construcciones metanacionales y lo carcome por abajo esa voracísima turba de identidades territoriales —regiones, comarcas, ciudades— cuya razón de ser es ser suyas.

Los espacios frontera, que por ley de contigüidad unen y separan, son el escenario privilegiado del antagonismo entre impulso integrador y tendencia disgregadora que hoy preside los destinos del mundo. Lugares de choque y encuentro entre continentes y naciones, ámbitos de confrontación de los mismos orígenes que las disparidades exacerban y que acaban encontrando, en la rivalidad asumida de sus futuros antónimos, la expresión colmada de un reconciliado futuro común. Polvorín de tantos posibles, en ellos anidan todos los riesgos y todas las esperanzas. Así el Mediterráneo.

Leal intérprete y fiel servidor de los intereses del *establishment* norteamericano de la costa este, el

Ni con unas ni con otras sabemos muy bien qué hacer y no hemos podido acomodar todavía los referentes formales, desde lo fractal a lo virtual que se nos han venido a las manos. La forma política «Estado», artificio que utilizamos desde finales del xv, lo desmontan por arriba las construcciones metanacionales y lo carcome por abajo esa voracísima turba de identidades territoriales—regiones, comarcas, ciudades—cuya razón de ser es ser suyas.

profesor de la Universidad de Harvard Samuel P. Huntington, que ya se había distinguido por sus furores al advertirnos, en 1975, de los riesgos de la excesiva participación democrática para la gobernabilidad de las sociedades complejas, nos ofrece, en *Foreign Affairs* de junio de 1993, una improvisación de verano, «Choque de civilizaciones», de andadura *light* y resonancias suavemente atribuladoras, que es una visión en cinemascopio del

incierto futuro del mundo. Siete u ocho civilizaciones mayores (occidental, confuciana, islámica, hinduista, eslavo-ortodoxa, latinoamericana y quizás africana, pues respecto de ésta última Huntington prefiere mantener el suspense), protagonistas principales de nuestra contemporaneidad y de sus próximas secuencias, invalidan, con su seguro enfrentamiento, el idílico «fin de la historia» que nos había predicado un año antes, desde la misma orilla, con el mismo entusiasmo, para los mismos fines, Francis Fukuyama.

El ocaso de los comunismos, la cancelación de la guerra fría, la generalización del modelo occidental —democracia con economía liberal— y, sobre todo, la ausencia de cualquier otra hipótesis alternativa desde la que organizar la vida en común de los hombres, funcionan, según el profesor *usonipón*, como prenda cierta de un porvenir de declinable cielo azul. Es ese pensamiento único, que

tiene en el mercado su principio y su fin, quien clausura el horizonte del cambio y nos preserva definitivamente de toda sombra y sobresalto.

Para Huntington, en cambio, éstos son inevitables y nos vendrán de la onda perturbadora que representan las civilizaciones confuciana e islámica, particularmente ésta última, a la que el integrista confiere una especial capacidad ofensiva. ¿Y qué espacio más accesible al contagio agresor, a la expansión fundamentalista, qué contexto más adecuado a sus radicalidades, qué mejor resonador de sus ambiciones que el Mediterráneo, tan visible e inerme en sus aperturas y en su enclaustramiento?

Estas dos lecturas, aparentemente contradictorias, tienen un mismo origen y apuntan al mismo propósito: confirmarnos en nuestra verdad occidental y mercantil, la única que tiene sentido y que vale la pena de ser vivida, y en su gran valedor los Estados Unidos de América, y prevenirnos de que allende sus valores, sus logros y sus armas amenaza la noche negra de la miseria y los peligros. *Extra Imperio, nulla salus.*

Afortunadamente, en Estados Unidos y en Europa otras voces han propuesto una interpretación menos anexionadora y más acorde con la realidad mediterránea. El estudio fundador de Fernand Braudel, las consistentes y esclarecedoras contribuciones de

Jacques Berque, los estimulantes análisis de Edgar Morin, subrayan la complejidad histórica, cultural y social del Mediterráneo, a la par que su extraordinaria potencia germinal. Espacio de cruces y de enfrentamientos, término final de continentes, pero, al mismo tiempo, ámbito de emergencias, de surgimientos capitales: las religiones monoteístas, la escritura alfabética, el pluralismo político y la democracia, la moneda, la filosofía, el derecho de ciudadanía, creaciones mayores, alumbradas en ese ámbito. El Mediterráneo hizo suyas, sin desmocharlas ni lisiarlas, cuantas civilizaciones llegaron a él. Las mediterraneizó, sin falsearlas ni castrarlas. Grecia y Roma, los judíos y los musulmanes, hasta los bárbaros, cuando llegan al *mare nostrum*, entran en un modo de acceder a la realidad que Morin ha calificado iluminadoramente de *dialógico*. Dialogía que no niega la diversidad, ni cancela el antagonismo

Espacio de cruces y de enfrentamientos, término final de continentes, pero, al mismo tiempo, ámbito de emergencias, de surgimientos capitales: las religiones monoteístas, la escritura alfabética, el pluralismo político y la democracia, la moneda, la filosofía, el derecho de ciudadanía, creaciones mayores, alumbradas en ese ámbito

de sus componentes, sino que magnifica, al mismo tiempo, su autonomía y su interacción y que exalta la capacidad creadora que genera su convivencia.

Sea cual sea la ineluctabilidad de la mundialización y sea cual fuere el balance final de sus deberes y haberes, lo que no es discutible es la generalización e intensidad del proceso de

homogeneización que, a caballo de la sociedad mediática de masa, se nos aparece como imparable. Frente a esa ola uniformizadora, hemos de elevar trincheras defensivas que protejan lo plural,

que arropen lo múltiple; hemos de enarbolar la bandera de lo intercultural, hemos de reivindicar la simultaneidad de nuestras identidades colectivas; hemos de dejar sentado que toda pertenencia a una comunidad es una *co-multipertenencia*, porque ningún colectivo, por sí solo, es capaz de apresar en sus límites, de retener en sus mallas, el horizonte de nuestra libertad.

La multiculturalidad como principio y como hecho, el cruce de culturas y el mestizaje cultural como soportes teóricos y como prácticas cotidianas fundan nuestro imperativo de resistencia. En ellos se apoya nuestra posible supervivencia.

Tanto más cuanto que la concepción sustancialista de lo intercultural, entendido como simple contigüidad e intercambio entre culturas, ha sido sustituida por la concepción relacional en la que éstas se constituyen en lo que son gracias a su interacción recíproca. En esta perspectiva las culturas y sus procesos se distinguen menos por sus características propias que por la trama de relaciones que entre ellas se establecen y perpetúan. El perfil de ese entramado, su orientación y su coherencia, su capacidad de diferenciación y de mantenimiento son los datos que alumbran una nueva noción de alteridad cultural, que ya no reside, sólo ni principalmente, en la plenitud y autosuficiencia de cada identidad comunitaria autónomamente considerada —por ejemplo, la

valenciana, la española, la europea y la mediterránea, todas, por lo demás, absolutamente legítimas—, sino en la condición de lo que son unas relativamente a otras, en la especificidad de que en el *ser cada una* se inscribe su *ser para las otras* como el vector más determinante de su sentido. Porque hoy la estructura interconectiva que las hace posibles no es una opción libremente elegida, sino la consecuencia inescapable del fin de los territorios, del primado de la globalidad. Con sus glorias y sus servidumbres.

La Globalización ha sido el rasgo más característico en el último cuarto del siglo pasado. Proceso que domina nuestra contemporaneidad y cuya vigencia se hace sentir, tanto en la aguda conciencia que de ella se tiene a nivel micro y macrosocial, a escala local, regional, nacional y mundial; como en la generalización del fenómeno que se ha extendido a todos

Oponer a la simpleza del pensamiento único el simplismo del contrapensamiento único es seguir dándole vueltas a la misma noria. Que ya no puede sacar agua.

Ahora bien, ¿de dónde nos viene, cuáles son los principales contenidos y qué formas ha asumido ese proceso crítico?

los sectores de la realidad y del imaginario social. Crisis política, crisis ideológica, crisis social, crisis económica, crisis teórica, crisis de los modelos de sociedad, cuyo polimorfismo —modos y formas distintas de su aparición y consecuencias— es de tan vasto y lábil espectro que hace irrelevante cualquier inventario por exhaustivo que se pretenda. La radicalidad de su origen y la amplitud de su alcance hacen que intentar salir de la crisis echando mano de las soluciones disponibles, por mucho que se renueve su fachada, sea encerrarse en las contrafiguras positivas de

unas carencias cuya improvisada suplencia oculta la perturbadora complejidad de lo que está sucediendo. Oponer a la simpleza del *pensamiento único* el simplismo del *contrapensamiento único* es seguir dándole vueltas a la misma noria. Que ya no puede sacar agua.

Ahora bien, ¿de dónde nos viene; cuáles son los principales contenidos y qué formas ha asumido ese proceso crítico?

La recuperación económica que se inicia al final de la Segunda Guerra Mundial, y que pronto se transforma en una expansión económica continua y acelerada que casi dura treinta años —«la treintena económica gloriosa» de que hablan los franceses—, parecía que iba a instalar irreversiblemente la abundancia de bienes y la homogeneización social en los países desarrollados. Pero la convulsión que supuso el estallido de los precios del petróleo en 1973 se tradujo, en las décadas de los setenta y ochenta, en una fase de estagnación con un permanente aumento del paro, magnitudes de crecimiento económico bajas y la aparición de nódulos de escasez cada vez más abundantes. Los pequeños repuntes de crecimiento no modificaron la orientación dominante del período que coincidió con la financiarización de la vida económica, es decir, con la absoluta prevalencia de la economía real. Sin propuestas alternativas mínimamente consistentes y creíbles. Por otra parte, los países en desarrollo que habí-

an aceptado el sistema económico mundial impuesto por las sociedades industriales euroatlánticas, así como su función en él—suministrar materias primas y consumir productos semifabricados o totalmente manufacturados—, sufrieron una notable degradación en su capacidad de intercambio, acentuándose sus diferenciales negativas respecto de aquéllos. Por esta razón, hoy, la contestación de dicho orden económico es casi unánime en el Tercer Mundo. Sin que apunte, por parte alguna, una seria hipótesis sustitutiva.

El consumo ilimitado al dictado de la producción como objetivo individual y como motor colectivo, la agudizada desigualdad de pueblos y nacio-

nes y la actual división internacional del trabajo no pueden presidir los destinos de una humanidad en la que la miseria alcanza a casi dos mil millones de personas, en la que diecisiete millones de niños mueren de hambre todos los años y en la que los recursos de la Tierra han comenzado a demostrar que son limitados, sin que nadie pro-

ponga una alternativa mínimamente operativa y elaborada.

Hasta la década de los setenta el socialismo supuso para muchos un recambio real. La crisis económica era la crisis de la economía capitalista y bastaba con cambiar la forma de organización económico-social de un pueblo (capitalismo

Hasta la década de los setenta el socialismo supuso para muchos un recambio real. La crisis económica era la crisis de la economía capitalista y bastaba con cambiar la forma de organización económico-social de un pueblo (capitalismo por socialismo), para poner de nuevo en marcha su bienestar y su progreso.

por socialismo), para poner de nuevo en marcha su bienestar y su progreso. Determinadas experiencias socialistas en África y en Asia y, de modo particular, el dramático destino de las revoluciones victoriosas de Vietnam y Cambodia, el enfrentamiento armado, mediante aliados interpuestos, de la URSS y China y, sobre todo, el fin del imperio soviético y la desestabilización de su área de influencia han cancelado esta hipótesis. El marxismo —horizonte irrealizable de nuestro tiempo, que escribiera Sartre en 1961— ha pasado a ser una perspectiva teórica incompleta e inactual cuando no errada, una práctica social inservible

y en ocasiones reprobable, sin que la dimensión libertaria, reducida en algunos de sus más conocidos portavoces actuales a la consagración del hedonismo individual, pueda tener virtualidad suplantadora alguna.

La degradación del ecosistema; la violencia generalizada como práctica social y política; el terrorismo que practican los integrismos religiosos, étnicos y nacionalistas, y el contraterrorismo de Estado; el convencimiento de los ciudadanos de ser sólo datos manipulables para el uso y servicio de las burocracias políticas y de las empresas multinacionales; el despilfarro y la explotación del patrimonio natural como supuesto necesario del crecimiento económico; la quiebra del trabajo como valor fundamental del bienestar de los individuos y de la persistencia de la sociedad en

cuanto que ya no hay trabajo para todos y que la satisfacción profesional que genera —pautas de autorrealización, logro social y personal, etc.— es cada vez más exigua; la masificación y el anonimato en las relaciones interpersonales y en los comportamientos sociales; el fin de las cer-

tezas; el surgimiento de la inseguridad del hoy y de la opacidad del mañana; el miedo señoreando la vida individual y colectiva de hombres y pueblos; es decir, la bancarrota, a niveles de elite, de nuestro modelo de civilización. Y la ausencia de cualquier paradigma que pueda ocupar su lugar. Ese es el gran desafío del siglo

XXI: el de un nuevo proyecto de sociedad. Los problemas que lo reclaman son demasiado universales, imperativos y urgentes, para que no existan intentos de solución o de contrasolución. Entre ellas, las nuevas macroáreas regionales, formadas por agregación de Estados. En ellas se fundan muchas esperanzas que las consideran un imprescindible nivel intermedio, de interacción y concierto, entre la omnipotencia de los grandes países desarrollados y la impotencia de los pequeños. Pero las macroáreas pronto se ven implicadas en los antagonismos existentes, primero e ste-oeste y ahora norte-sur, que se oponen/complementan, y a los que esta oposición/complementariedad convierte en trágicos callejones sin salida. Ahora bien, ¿existen medios para su superación? Parece claro que la

Determinadas experiencias socialistas en África y en Asia y, de modo particular, el dramático destino de las revoluciones victoriosas de Vietnam y Cambodia, el enfrentamiento armado, mediante aliados interpuestos, de la URSS y China y, sobre todo, el fin del imperio soviético y la desestabilización de su área de influencia han cancelado esta hipótesis.

viabilidad de esas áreas exige que cumplan determinadas condiciones. Pues las agrupaciones ideológicas de Estados han tenido una existencia precaria porque han vivido entre la coacción, la retórica y el temor, y ésta ha sido su insalvable frontera. Las áreas geopolíticas, por su parte, han sido puras peticiones de principio. Para citar unas pocas, la OTAN y el Pacto de Varsovia sólo existieron por su antagonización y su miedo mutuo; la plataforma de Países No Alineados fue un foro, sin duda alguna, bien intencionado pero de efectividad problemática, y las agrupaciones pancontinentales de Estados no pasan de ser cuencos de la ritualidad diplomática.

Con la única excepción de la Unión Europea, de carácter, aún hoy, prevalentemente económico y reservado a un número limitado de países que comparten propiedades muy excepcionales, estas agregaciones, para que sean productoras de la multipolaridad movilizadora que postulamos, tienen que poseer ciertos trazos comunes, no sólo de condición social y económica, sino también histórica y cultural. De aquí que proponemos la designación de área ecocultural para el conjunto que forman los países que responden a esos parámetros específicos.

Ahora bien, para que funcione el principio de esa ecoculturalidad de área, como instancia eventualmente estructuradora del concierto mundial de naciones y generadora de nuevas formas de organización social, se requiere que: a) los

países de cada área compartan, aunque sea discontinuamente, una historia común; b) su distancia social, sean cuales fueren los parámetros que se utilicen para medirla, no impida su equiparación socioeconómica en un futuro determinable; c) dispongan de recursos naturales y de capacidades técnicas suficientes para garantizarles un desarrollo acelerado, autónomo y específico; d) la utilización de esos recursos y capacidades esté ya en ejercicio, como prueba de su posible efectividad, pero sin haber alcanzado los niveles de

irreversibilidad a que ha llegado en los países más desarrollados; e) exista una estructura cultural básica, en parte común, que haga posible, por encima de diversidades y diferencias, los intercambios de modos y pautas sociales entre naciones y zonas, la comunicación informal entre elites, la espontaneidad y solidaridad colectivas. Por lo demás, desde este supuesto, sólo puede ser área *fundante* aquélla que comporte la posibilidad de romper los círculos viciosos de imperialismo político y/o económico *versus* dependencia y centro *versus* periferia, que han ido clausurando sucesivamente los proyectos que se anunciaban como más fecundos. El *topos* de esa área se sitúa exactamente en el confín que separa el norte del sur, las sociedades posindustriales de las sociedades preindustriales, el desarrollo de la abundancia del desarrollo de la miseria. Su función esencial es la de multipolarizar los agregados económicos internacionales; la de constituirse en centro de articulación de

El topos de esa área se sitúa exactamente en el confín que separa el norte del sur, las sociedades posindustriales de las sociedades preindustriales, el desarrollo de la abundancia del desarrollo de la miseria.

nuevos sistemas de trabajo, producción y consumo a nivel mundial; la de servir de vía unitiva entre los dos extremos irreconciliables. En la coyuntura actual, el área que responde más adecuadamente a ese modelo teórico es la formada por el espacio mediterráneo.

En efecto, en él, todos los países han participado, aunque haya sido en desigual medida, en un mismo proceso histórico; su ámbito es el de la linde que

une/separa los dos mundos, y de ahí su virtualidad integradora; y por lo que toca a su condición económica, aunque existan grandes disparidades entre sectores y países, se sitúa en lo que cabe llamar el nivel de desarrollo intermedio.

Entre las principales características que configuran el área y que pueden localizarse en ella, citemos: la de poseer una industria ya en funcionamiento o de posible extensión inmediata, sin que sus estructuras de producción y distribución de bienes y servicios hayan llegado, prácticamente en ningún país, a ese grado de rigidez y consolidación que hacen imposible la rearticulación de los recursos según un nuevo paradigma; la de contar con pautas tecnológicas y comportamientos sociales que realizan o postulan una modernidad abierta e inacabada; la de disponer de un patrimonio muy importante de fuerza de trabajo y de materias primas que otorgan credibilidad a su protagonismo mundial.

Y, sobre todo ello, su vocación interconectora, su

condición de puente entre Europa, África y Asia, de vehículo privilegiado entre el norte y el sur, abocado a la interrelación de hombres y pueblos, a la comunicación de culturas, a la función de contacto. El soporte principal del ámbito medite-

Su implantación y desenvolvimiento tienen que ser, por el contrario, plurales, equilibrados, progresivos y mediatos. Y su resultado, obra común, si se quiere que el área aparezca como el primer actor del conjunto.

rráneo radica precisamente en la coexistencia de sus diversidades y su destino consiste en hacer circular la pluralidad en mantener un permanente intercambio. Por ello las crisis del área han sido siempre crisis de su capacidad conectara, de su

función de plataforma de intercambio. Y la confirmación de su existencia dependerá de su potencia para hacerlas efectivas.

No hace falta aclarar que entre el proyecto que representa esta hipótesis de área y su posible efectividad, a nivel simbólico y político, media una inmensa distancia. La desmesura de su propósito, a la vez que la plausibilidad e interés de su planteamiento, es lo que hace que su manipulación deba ser paciente y sutil. Es decir, que no cabe el encaramiento frontal de su problemática y su conversión; por ejemplo, en quicio declarado de la política exterior de un país que quiera convertirse en su principal protagonista y capitalizarlo en su exclusivo o fundamental provecho. Su implantación y desenvolvimiento tienen que ser, por el contrario, plurales, equilibrados, progresivos y mediatos. Y su resultado, obra común, si se quiere que el área aparezca como el primer actor del conjunto. La operacionalización del proyecto pide, en consecuencia, la mayor caute-

la y realismo políticos en el planteamiento de sus posibles avances y aconseja que se otorgue la prioridad a los actores de las sociedades civiles mediterráneas. Ya que en una zona en la que los antagonismos estatales y, en particular, la guerra entre Israel y Palestina son una herida que no sana, la voluntad de convivencia política y, aún más, la participación en empeños públicos comunes reclaman vías no políticas, modos indirectos y pacientes para su puesta en marcha. Pues la acción directa de los gobiernos sólo cabe después de una preparación y acompañamiento culturales que la hagan posible. De aquí la conveniencia de movilizar el territorio de la cultura, comenzando por las tramas más

practicables y productivas, que se sitúan tanto en el campo de las culturas cotidianas —saberes, productos y prácticas— como de las culturas cultivadas, pues ambas son plataformas privilegiadas de circulación e intercambio, de convergencia e interpenetración de sus singularidades sociales, técnicas y culturales.

Basado en estas consideraciones, Federico Mayor, como Director General de la UNESCO, decide lanzar en 1994 una iniciativa que llama Programa Mediterráneo, cuyo propósito es agrupar en un mismo marco el conjunto de proyectos y de actividades mediterráneas que forman ya parte del programa general de la organización o

El Programa Mediterráneo privilegia el funcionamiento coordinado para la realización de sus actividades. Las universidades, municipios, academias, laboratorios, centros de estudio y de investigación y las instituciones más relevantes en cada campo temático que forman parte de él, se han agrupado según la modalidad de las redes multipolares, constituyendo un entramado de tramas que actualmente cuenta con más de mil entidades integradas en más de setenta redes.

que están de alguna manera relacionadas con ella. Su objetivo es triple: en primer lugar, contribuir al progreso de los países y de los pueblos del Mediterráneo partiendo de los sectores educación, ciencia, cultura y comunicación —que constituyen la materia de su mandato—; en segundo término, impulsar la cooperación intramediterránea por parte de los actores públicos y privados —Estados y sociedades civiles— que operan en su ámbito; y, finalmente, promover la existencia del Mediterráneo, en sus inicios como área cultural y posteriormente como espacio geopolítico institucionalizado, dotando de la mayor visibilidad posible a su dimensión global.

Estas metas sólo pueden lograrse mediante acciones concretas, pegadas al terreno, que respondan a las necesidades de cada contexto específico y que tengan como protagonistas a los actores más directamente concernidos por su problemática. Su inscripción en el Programa se organiza en torno a cuatro grandes temas: 1) el fomento de una cultura de la paz; 2) el establecimiento de una plataforma de reflexión y análisis sobre los principales problemas sociales y políticos de la zona mediterránea —población y migraciones, trabajo y empleo, desarrollo sostenible, violencia colectiva y social, multiculturalidad, derechos humanos y democracia, diálogo de religiones, etc.—, a la

vez que instancia para la elaboración de propuestas susceptibles de aportarles una solución; 3) desarrollo de la conciencia ecológica y puesta en práctica de una serie de acciones susceptibles de reducir la polución, de favorecer los recursos hidráulicos, de luchar contra la desertificación, de estimular la producción de energías renovables, etc.; 4) defensa de la diversidad de sus múltiples culturas a la par que la identidad global del área, impulsando su creatividad artística y social.

El Programa Mediterráneo privilegia el funcionamiento coordinado para la realización de sus actividades. Las universidades, municipios, academias, laboratorios, centros de estudio y de investigación y las instituciones más relevantes en cada campo temático que forman parte de él, se han agrupado según la modalidad de las redes multipolares, constituyendo un entramado de tramas que actualmente cuenta con más de mil entidades integradas en más de setenta redes. Entre ellas: la red de Centros de estudios mediterráneos, la red de Institutos de investigación sobre el Área regional mediterránea, el Programa PEACE, la Comunidad de Universidades mediterráneas, la red de Academias de los países mediterráneos, el Foro de ciudadanos del Mediterráneo, el Centro Mediterráneo para los Derechos Humanos, las Redes de mujeres del Mediterráneo —la red de vigilancia para la cooperación y la par-

dad, el Centro UNESCO para las mujeres y la paz en los Balcanes, el Foro de las mujeres del Mediterráneo, la red de plazas en favor de las mujeres y la paz, los Talleres de historia de las mujeres en el Mediterráneo, la red de cooperación transmediterránea en favor de las mujeres inmigrantes, etc.—, el Foro de las ONG del Mediterráneo, el Consejo internacional de manifestaciones cinematográficas del Mediterráneo, el Foro de ciudades y territorios mediterráneos, el Instituto internacional del teatro del Mediterráneo, la red contra la intolerancia, la discriminación y la violencia en el Mediterráneo y el mar Negro, la red de fundaciones del Mediterráneo, la red

Todas estas redes han hecho suya la opción básica de la UNESCO en relación con el Mediterráneo, que, desde la Conferencia Mundial sobre las políticas culturales que tuvo lugar en México en 1992, ha defendido la concepción globalizada e intercultural del área y su vocación como espacio de interacción entre el norte y el sur, entre los países posindustriales y los países en desarrollo.

de ciudades mediterráneas del patrimonio mundial, la red MEDLIB, la red de Centros culturales del Mediterráneo, las redes de investigación oceanográfica en el Mediterráneo —PRIMO, POEM, COI, MEDGLOSS, etc.—, las redes ENDA en el Mediterráneo, las redes de los Medios de comunicación en el Mediterráneo —COPEAM, CMCA, IFEX, REMFOC, JEMSTONE—, la red MEDNET, las redes sobre los niños y los jóvenes en el Mediterráneo y el programa SEMEP, la red para el desarrollo del Mediterráneo, el OMIR, la red CMEDD, la red de itinerarios culturales del Mediterráneo, y un largo etcétera.

Todas estas redes han hecho suya la opción básica de la UNESCO en relación con el Mediterráneo,

que, desde la Conferencia Mundial sobre las políticas culturales que tuvo lugar en México en 1992, ha defendido la concepción globalizada e intercultural del área y su vocación como espacio de interacción entre el norte y el sur, entre los países posindustriales y los países en desarrollo. Por esa razón Federico Mayor ha insistido en el mantenimiento de la denominación «Programa Mediterráneo», ni euromediterráneo —apelación muy legítima en la perspectiva de la Unión Europea— ni arabomediterráneo o afromediterráneo. Simple y exclusivamente, mediterráneo.

El Mediterráneo, ese mar nuestro, de los del norte y de los del sur, de los del este y de los del oeste, ese ámbito cuyo cimiento unitario es, al igual que sucede en Europa, su diversidad; que sólo puede ser plenamente sí mismo, que sólo puede cumplirse, desparramándose en otros; que hace del conflicto, que está en su entraña, la palanca de su creatividad, constituye la materia de este artículo. El lector, que va a abordarlo ahora, comprobará que explora, desde la rejilla europea, con pertinencia y rigor, las cuestiones centrales y las pistas más prometedoras de ese prodigioso laberinto ecocultural, de ese gran laboratorio del siglo que llega que es nuestro Mediterráneo.

No se trata, claro está, de cambiar simplemente economía por cultura, ni de oponer acción cultural a dominación económica para instalarse en una armonía plural, para establecer de manera unánime y ubicua un bienestar individual y colectivo sin sobresaltos ni retrocesos. Para alcanzarlo

no hay que situarse más allá del enfrentamiento entre economicismo modernizador y culturalismo tradicional, ni postular su negación o en su superación, si no que hay que optar por el más acá, hay que entrar en la raíz misma de su antagonismo, en cuyo seno está inscrito el diálogo. Hay que hacer aflorar la dialogización del conflicto, que en ocasiones, es violenta y siempre indisociable de la diversidad, pero que es la única que puede funcionar como contrapeso de lo extremo como trinchera frente al fanatismo.

En nuestra realidad eco-cultural, en nuestro Mediterráneo, la dinámica del desarrollo, con su modelo impuesto, con su catálogo de necesidades advenidas e inmediatas,—con su eco determinismo— no choca con la dinámica cultural,—con sus expectativas informadas y crónicas—, —con sus indeterminaciones culturales—, ni se agotan en un fluir paralelo, sino que ambas vuelven al cauce común en el que tuvieron su origen, ese cauce en el que se encuentran y se realizan. De ahí su capacidad pacificadora sin ambiciones que no necesita de predicas ironistas, ni conlleva ambiciones homogeneizadoras, porque sus componentes, aunque sean distintos e incluso rivales, son convivencialmente, no sólo compatibles sino complementarios ya que forman la materia y trama de la misma comunidad.

Evitando los vientos que convierten lo diverso en antagonista, que enclaustran la diferencia y la transforman en agresión y odio. Esos Vientos que solo traen hecatombes y catástrofes. Vientos

como los integrismos religiosos y nacionalistas y alimentan sus terrorismos grupales y estatales. Por ello es tan inaceptable la promoción del fundamentalismo musulmán que ha practicado sistemáticamente, durante toda la segunda mitad del siglo XX la política exterior norteamericana dando tantas alas al integrismo islamista. Como nos recuerda Tariq Ali, el conocido escritor anglopaquistaní, los Estados Unidos en su lucha con los movimientos comunistas y los nacionalismos progresistas se han apoyado siempre en los grupos religiosos más sectarios. Así lo hicieron en Egipto al aliarse con los "Hermanos Musulmanes" contra Nasser; al igual que en Indonesia cuando apoyaron al movimiento Sarekat-islam contra Sukarno; de la misma manera que sostuvieron a la organización Jamaati-islam contra Benazir Bhutto; o que en Irak optaron por el ala más mafiosa del partido Baas contra los comunistas y los sindicatos obreros del petróleo; o se alinearon en Arabia Saudita con la familia Al Saoud y el wabhabsmo, una de las versiones más duras e intransigentes del islam, pronto convertida en religión de Estado y desde allí propulsada a todo el ámbito musulmán, y finalmente el lanzamiento y la utilización de Ousama Bin Landen y los muyaidines, directamente encuadrados por la CIA en su lucha contra el líder comunista

Como nos recuerda Tariq Ali, el conocido escritor anglopaquistaní, los Estados Unidos en su lucha con los movimientos comunistas y los nacionalismos progresistas se han apoyado siempre en los grupos religiosos más sectarios. Así lo hicieron en Egipto al aliarse con los "Hermanos Musulmanes" contra Nasser; al igual que en Indonesia cuando apoyaron al movimiento Sarekat-islam contra Sukarno

Najibulah y en la guerra contra Rusia. Simultáneamente Huntington, el experto en contrainsurrección del presidente Lindon Johnson en la guerra del Vietnam, en su citado alegato El choque de las civilizaciones, opera una prestidigitadora reducción de todos los procesos civilizatorios a ideologías e, identifica orden geocultural y geopolítico con religión, deducción de ello el vaticinio del choque frontal del mundo occidental con el islámico ¿cómo entender esta dramática movilización ideológica en paralelo al destino de guerra al que la misma, según nuestra propia opinión nos aboca? Dejando la respuesta de este perturbador interrogante a los historiadores, los errores colectivos y de los grandes desvarios políticos, insistamos en que la pacificación ideológica es el prerequisite esencial para que exista y pueda hablarse de un área mediterránea, es su irrenunciable condición previa. Precisamente porque, como queda dicho, el mediterráneo sólo es inteligible como un conjunto de diferencias, cuya dimensión común es inseparable de su radical conflictividad, por lo que el mantenimiento de la tensión de paz es imperativo de supervivencia y para ello hemos de practicar un desarme intelectual permanente. Esa es la tarea que, en estos momentos de tan ensordecedores ecos bélicos, más directamente nos compete. ❖